

II

El tránsito en las calles se había enredado hasta volverse insoluble. Se trababa en todas las esquinas y por momentos quedaba completamente detenido. No había manera de apurar la marcha: la fila de coches atascados seguía hasta donde llegaba la vista. Los otros días de partido había pasado lo mismo: toda la gente salía de sus trabajos a la misma hora, para llegar a sus casas a ver el encuentro por televisión; ese apuro abarrotaba las calles de autos, y entonces los viajes por la ciudad, justo cuando se los quería más rápidos, demoraban el doble del tiempo normal, si no más. Hoy la historia se repetía, pese a ser sábado.

Para calmar mi ansiedad, prendí la radio del coche. Hacían conjeturas sobre el partido: mostraban cautela, pero no dudaban de la victoria argentina. Miré mi reloj y entendí que no podría llegar a tiempo hasta la casa del doctor Mesiano. Había tomado esa dirección sin estar nada seguro de cómo debía proceder. Yo nunca bajaba ni tocaba el timbre en esa casa, porque la costumbre era que el doctor me esperara ya listo en la puerta. Y al doctor nunca se le había hecho tarde. Quizás a esta hora no estuviese en su casa, quizás hubiese ido directamente al estadio, y yo cometía una grave imprudencia yendo a molestar a su esposa, fuera lo que fuese aquello que la mantenía apartada del mundo.

No sin alivio cambié de ruta: dejé el camino que

llevaba a la casa del doctor Mesiano y torcí hacia la avenida del Libertador, que era el camino que llevaba hasta el estadio con menos demora.

III

Gracias a las reformas indicadas y luego supervisadas por el Ente Autárquico, la capacidad del estadio alcanzaba ahora a casi ochenta mil espectadores. Me costaba calcular lo que representaba esa cantidad de personas aglomeradas en las calles de un barrio. Pero no dejaba de comprender que, ante esa cifra desmedida, las probabilidades que yo tenía de encontrar al doctor Mesiano en el acceso al estadio eran tan pocas que incluso la imagen de la aguja en el pajar resultaba insuficiente.

Esa perspectiva ciertamente me desanimó, pero de inmediato consideré que yo contaba con el dato preciso del sector en el que debía buscar, y por lo tanto tomaba una porción de asistentes bastante menor que los ochenta mil del total. Me bastaría con recorrer los accesos de la calle Udaondo, y podía descartar los de Alcorta y los de Lugones.

Al fin de cuentas, admití, no tenía otra alternativa. Peor hubiera sido irme a mi casa, y peor aún permanecer en la unidad, soportando los reproches del sargento Torres, a los que pronto habrían de agregarse los del cabo Leiva, porque en esa clase de mortificaciones era raro que uno dejara de seguir al otro.

IV

Mi plan consistía en merodear las entradas a la platea Belgrano, que no eran tantas, sabiendo que el doctor Mesiano tarde o temprano tenía que pasar por ahí. Confiaba en verlo o en que él me viera. Ni siquiera le haría perder el partido: él podía darme la respuesta a mí, y yo me encargaría de hacérsela llegar al doctor Padilla hasta el Centro Malvinas de la ciudad de Quilmes.

Pero las complicaciones del tránsito en las calles fueron aumentando a medida que me acercaba a la zona del estadio. En la radio pasaban ahora la formación de la Argentina y la analizaban en sus pormenores. Me entretuve oyendo esa información, pero por momentos avanzaba a un exasperante paso de hombre. Y ni siquiera eso, porque los que iban a pie a ver el partido pasaban a los costados del coche y lo dejaban atrás. Muchos me saludaban, al ver que era un soldado, agitando sus banderas argentinas. Yo les respondí levantando los pulgares.

Dejé el Falcon a unas cuantas cuabras y seguí el camino a pie, al ver que de ese modo podría avanzar más rápido. Pero aun así, entre una cosa y la otra, terminé llegando demasiado tarde al estadio. Era casi la hora del partido cuando me encontré ante las puertas de la platea Belgrano. El doctor Mesiano, previsor como era, seguramente había ingresado hacía un largo rato.

Entonces me propuse esperar, y buscarlo a la salida.

V

Las luces blancas del estadio aclaraban con su reflejo los muros del Tiro Federal. En ese lugar, durante la instrucción, yo había hecho mis prácticas de tiro, y había recibido dos lecciones definitivas: la primera, que la puntería depende menos de una buena vista que de un buen pulso, que con buena vista y mal pulso lo único que se consigue es ver por cuánto se falló; la segunda, que no había que dudar en un disparo, que al que dudaba en matar, lo mataban.

Esa noche, por razones obvias, no se hacían prácticas en el Tiro Federal, y había como una ausencia de los estampidos de fogueo detrás de los muros que no dejaban que nada se viera.

VI

Durante dos horas, mientras durase el partido, se sabía que no iba a pasar nada. Si la Argentina ganaba, hasta podía suceder que la noche entera se fuese sin novedad. Era mejor no imaginar qué podía pasar si perdía. Pero eso nunca había ocurrido, y no tenía por qué ocurrir.

VII

Noté de pronto que la ciudad había quedado vacía. Repentinamente vacía: ni un solo auto, ni un solo colectivo, ni una sola persona caminando, nadie por ningún lugar. Supe así que el partido había empezado.

VIII

En el silencio de la noche, había que esperar que explotara un grito de gol. Un gol de la Argentina, como había pasado las otras noches, y quizá no habría ya más gritos, al menos hasta el día siguiente.

IX

En torno del estadio callado, sólo circulaban los policías. Unos cuantos a caballo y unos cuantos en moto. También pasaban los patrulleros. Los de los patrulleros mantenían a los demás al tanto de cómo iba todo, y a los más temerosos los alentaban a que tuviesen fe.

X

El llanto de una criatura puede hasta tapar las voces de una radio, por mucho que esas voces excl-

men y alboroten. Por suerte lloró y se lo trajeron, no más para que no estorbara.

XI

Si uno miraba con atención las ranuras de las persianas de las casas, veía en todas ellas el brillo celeste de los televisores encendidos. Sólo así se advertía que la ciudad no había sido desalojada, que no era uno de esos episodios de las guerras en que todos los pobladores de un lugar lo abandonan y se marchan, sin dejar en él cosa alguna que pueda servir al enemigo que invade.

XII

Esa agua turbia y fría, a la que sin justicia llamaban caldo, traía por lo común unos pocos fideos, y a veces un pedazo de papa tan leve que flotaba. Aquella noche, sin embargo, eran tres los pedazos de papa, y había también un poco de algo que quizá fuese zapallo, y los fideos que venían no podían ser contados sin esmero.

Habían hecho eso contra Hungría, y después lo habían hecho contra Francia: seguramente no querían que la racha se cortara.

XIII

Sentí de pronto el hambre y el frío. Se levantó un viento cortante que empezó a arrastrar las tiras de papel que había por la calle, aunque sin hacer ruido con ellas. Busqué la diagonal para llegar a Libertador y meterme en alguna pizzería que hubiese quedado abierta a la espera de la salida de la gente cuando el partido terminara.

Antes de llegar a la plaza que había en medio de la avenida en diagonal, vi pasar un perro. Es poco lo que sé de razas de perros, reconozco tan sólo las más obvias, las que cualquiera reconocería. De este perro puedo decir que se parecía mucho al ovejero alemán, que no era un ovejero alemán pero se le asemejaba mucho. Me llamó la atención el modo en que se movía. Jugaba evidentemente con algún objeto, lo empujaba y luego lo perseguía, trataba y no podía apretarlo entre los dientes. Era la manera en que suelen jugar los gatos, no los perros; y sin embargo este perro estaba tan entretenido con ese asunto que en un primer momento ni siquiera me vio.

Me acerqué, pero no demasiado. Los perros me provocan desconfianza. Quedé, pese a todo, a una distancia suficientemente corta como para ver, bajo un golpe de luz, el brillo dorado de ese objeto que el perro llevaba y traía. Era un objeto muy pequeño, pero acercándome más, más de lo que suelo acercarme a los perros sueltos, alcancé a notar que se trataba de una moneda. Una moneda, me dije, o una

chapita de gaseosa; pero como era dorada, pensé en una moneda.

Había quedado tan cerca, que el perro notó mi presencia. Me miró sin expresión. Estaba a punto de alejarme, cuando el perro se me adelantó y se alejó antes de que yo lo hiciera. Entonces fui a levantar la moneda para quedarme con ella: encontrar plata tirada es signo de buena suerte, y es también, al mismo tiempo, el primer efecto de esa buena suerte. Pero cuando me agaché a recogerla, vi que no se trataba de una moneda, sino de un anillo. Un anillo dorado con una letra "R" tallada en el anverso. Y en el borde interior, en una letra tan pequeña que apenas si alcancé a leerla bajo la pobre luz de la calle, decía: "Raúl y Susana", y un año: "1973".

Si ese anillo era, como parecía ser, de oro, valía mucho más que la moneda que me pareció ver en un principio. Sin embargo, la moneda me la hubiese metido en el bolsillo y me la hubiese llevado conmigo. Y al anillo, no sé por qué, lo tiré en el arenero de la plaza y después lo tapé a patadas con arena, primero lo tapé y después revolví todo con mis botas de soldado, hasta estar bien seguro de que no podría volver a encontrar ese anillo, ni siquiera en el caso imposible de que me pusiese a buscarlo.

Veinticinco millones

I

Di con una pizzería abierta antes de llegar a Congreso. Como era de prever, estaba vacía, o casi vacía, en realidad, porque al menos una de las mesas del local estaba ocupada. Un hombre solo, de edad difusa, se demoraba delante de un sifón de soda y una porción de muzzarella. Sobre la mesa estaba su correspondiente radio portátil. Por no hacer barullo, o por ganar en concentración, aquel hombre tenía un audífono metido en la oreja izquierda. Al pasar junto a su mesa, le pregunté cómo iba el partido. "Cero a cero", me dijo, sin agregar nada más.

En la pared había dos estufas encendidas, que no alcanzaban a entibiar el aire del lugar. La llama azul producía un zumbido muy leve, que sin embargo se oía.

II

Ante un contrario que agrade por medio de contraataques, lo conveniente no es presentar una de-

fensa en línea, ya que la misma puede verse fácilmente rebasada, sino disponer un orden defensivo escalonado.

III

La mujer que atendía era tan pequeña que apenas si se la llegaba a ver detrás del mostrador. No se acercó, sin embargo, ni salió de ahí atrás, para preguntarme qué se me ofrecía. Tampoco precisó alzar la voz para que la oyera. Le pedí una Coca-Cola y dos porciones de muzzarella. "¿Fría o natural?", consultó, se entendía que la Coca-Cola. "Natural", le dije.

Ella misma se ocupó de calentar las dos porciones de pizza y de traerlas hasta mi mesa junto con la botella de Coca-Cola. El problema de pedir porciones sueltas es que en esos casos acostumbran recalentar una pizza ya cocinada desde vaya uno a saber cuándo. Pero el hambre que yo tenía ayudó a que me pareciera que todo estaba bien.

Hasta tanto terminara el partido, la mujer no esperaba que nadie más entrase en la pizzería. En sus cálculos, era evidente, ni siquiera estábamos el hombre de la radio y yo. Pero en un momento determinado, cuando yo ya casi terminaba con lo mío, entró un policía. Pasó sin saludar entre las mesas y se arrimó al mostrador para apurar, de parado nomás, un vaso de vino y un par de empanadas. Le pidió a la mujer

que pasara un trapo por ahí arriba, para poder apoyar su gorra con más confianza. De pronto interrogó: "Diga, señora, ¿y el partido?". Yo tampoco hubiese imaginado que podía faltar una radio encendida en este lugar. Siempre detrás del mostrador, la mujer dijo: "Es cábala, nomás, agente, para que hoy ganen los nuestros. Contra los tanos en Alemania acá mismo me escuché la transmisión, y el partido se nos iba si no era por Houseman".

El policía tragó y tomó un sorbo final, sin dar la explicación por buena ni por mala. Se dio vuelta y le apuntó al hombre de la radio. "Oiga", le dijo, "¿cómo va la cosa?". El otro repitió sin énfasis: "Cero a cero". Entonces el policía sacó una servilleta de papel de un vaso que había sobre el mostrador, se la pasó por los bigotes, volvió a ponerse la gorra, la calzó de un tirón, y salió otra vez a la calle, a la noche y al frío, sin despedirse y sin pagar.

IV

Cuando el contrario presenta una defensa cerrada, conviene no ensayar ataques aéreos frontales, porque se vuelven fáciles de neutralizar y terminan por desmoralizar al bando atacante.

V

Estaba a punto de irme, con la intención de buscar un lugar donde escuchar el partido, cuando el hombre de la otra mesa se paró y pasó en dirección al baño. Dejé sobre la mesa la radio y el audífono. Los baños estaban bien al fondo, por un pasillo que había al costado del mostrador. Entonces sentí un impulso difícil de explicar. Me levanté y me acerqué a la otra mesa. Yo no era tímido, pero tampoco confiado, y lo que estaba haciendo me resultó un tanto impropio. Tal vez me venció la ansiedad por escuchar un poco del partido, tal vez me confié al saber que nadie me estaba viendo. Tomé el audífono de aquel hombre, lo limpié frotándolo contra mi pulóver, y me lo puse en el oído. No conozco nada, nada en absoluto sobre música clásica, así que no puedo decir si lo que aquel hombre escuchaba en una sola oreja era Mozart, Beethoven o qué.

Con un sobresalto dejé el audífono en su lugar y regresé a mi mesa. Pronto el hombre salió del baño. Ocupó su lugar y volvió a colocarse el audífono. Me pareció que me miraba, y quise irme. Pedí la cuenta, pero la mujer se negó a cobrarme y descartó mis argumentos. Le di las gracias y enfilé hacia la puerta. Al pasar, le pregunté a aquel hombre si había alguna novedad.

"Ninguna", me dijo, cubriendo con una mano el oído que le quedaba libre.

VI

Con frecuencia, los contrarios ensayan movimientos engañosos en el campo. Así, por ejemplo, ocupan posiciones ofensivas por el flanco derecho, cuando su verdadera intención es atacar por el flanco izquierdo. En ese caso, el bando defensor puede igualmente aparentar el fortalecimiento defensivo de un sector y el descuido defensivo de otro, pero en realidad está listo a cubrir las posiciones presuntamente debilitadas y a rechazar el ataque en la zona en la que se sabe que en verdad va a producirse. De esta manera, se neutraliza una maniobra engañosa, no con una maniobra verdadera, sino con otra maniobra engañosa.

VII

En una esquina oscura vi pasar a una chica que lloraba. Apenas si vi su cara, porque pasó corriendo. Me pareció que corría al límite de sus fuerzas, pero ni siquiera eso le bastaba, y estiraba los brazos hacia adelante, volcaba todo su cuerpo hacia adelante. Ella a mí no me vio, porque nada veía. Los ojos los tenía perdidos, también hacia adelante.

Se me cruzó inesperadamente, en medio de la calle vacía, cuando yo caminaba hacia el lugar donde había dejado el auto. La vi otra vez un poco más allá, en otro claro de luz; después la vi tropezar y caerse

al suelo, la vi casi rebotar en el suelo para volver a pararse y volver a correr, como si caerse no formara parte de las cosas que podían sucederle.

Dos veces más reapareció en los claros de luz de la calle, siempre corriendo, cada vez más distante. Yo me quedé parado, sin dejar de mirarla. No se veía a nadie más en ninguna parte. Hacia el final de la calle, la chica desapareció, en un pasaje abandonado que llevaba a la estación del tren.

Yo calculo que tenía, como mucho, quince años.

VIII

Cuando se va en persecución de un contrario, no es conveniente ponerse justo detrás de él. Su propio cuerpo se convierte así en un obstáculo que dificulta la visión y nos impide darle alcance. Lo más adecuado, si se cuenta con la fuerza suficiente, es abrirse de la línea de carrera y sobrepasarlo por un costado, adelantar un buen tramo y ganarle metros, y recién entonces girar para ofrecerle un punto de choque desde una posición frontal.

IX

A la altura de Campos Salles había, y todavía hay, dos descampados. Les habían levantado unas paredes de cemento alrededor para que desde afuera

no se notaran los yuyos y los escombros. Sobre esas paredes después se pusieron afiches de propaganda. Ahora no quedaba ninguno que estuviese entero y pudiese leerse bien, porque al parecer la gente que pasaba hacia el estadio los iba arrancando y los dejaba hechos jirones. Colgaban hacia afuera las grandes tiras de papel, como si fuesen los muros los que se estaban desgajando.

No había basura en los descampados, porque los carteles que prohibían terminantemente arrojarla eran esos que no pueden arrancarse. Pese a no haber basura, había ratas. Ahora que las calles estaban vacías, se las podía oír ahí adentro. En el silencio de la ciudad sin gente, se las sentía mover los pastos, y sonaban como los pasos de una persona que deambulaba sin ningún lugar adonde ir. Prestando un poco más de atención, se alcanzaba a percibir los chillidos de las ratas. Se parecían mucho a los gemidos de una persona que quiere y no puede contener un sollozo. Eran muchas las ratas, o era mucho lo que se movían; o acaso, habiendo ratas, había también gatos que las perseguían. Al pasar a la altura de los descampados, sentí además el ruido de un golpe en el lado de adentro de la pared. Seguramente uno de los gatos, en el momento de dar el salto para caer sobre una rata, había movido un pedazo de escombros y lo había hecho chocar contra la pared, y por eso desde afuera yo justo que pasaba había escuchado el golpe, ese golpe que me había hecho pensar en una persona que daba una trompada en una pared, por-

que por raro o por inútil que parezca, a veces una persona se desespera y al desesperarse da una trompada en la pared, y ese golpe suena igual que aquel golpe del escombros sobre el muro del descampado, cuando el gato pegó el salto para cazar a la rata y lo sacó de su sitio y lo hizo caer.

X

Cuando el contrario es fuerte en los ataques por vía aérea y supera en altura a las posiciones defensivas, se deben obstruir los puntos de lanzamiento, para neutralizar de esa manera los tiros por elevación antes incluso de que se produzcan.

XI

Otra de las ventajas del Ford Falcon, por sobre los demás modelos y marcas, es que no hacía falta poner en marcha el motor, ni tampoco poner el coche en contacto, para que funcionara la radio. Como mi intención no era todavía la de circular, sino la de escuchar lo que quedase del partido y hacer tiempo, me metí en el auto estacionado y puse Rivadavia.

El frío de la noche de junio hubiese justificado el uso de la calefacción, pero con el motor apagado el aire no llegaba a calentarse, y no quise gastar nafta inútilmente o dar vueltas por las calles de la zona sin

necesidad, sólo por no pasar un poco de frío. Al fin de cuentas, tenía puesto un pulóver, y además del pulóver una campera robusta que no hubiese desestimado en las noches de guardia, noches enteras pasadas a la intemperie, durante el período de instrucción.

De cualquier forma, los vidrios del coche cerrado no tardaron en empañarse. Me resistí a pasar un dedo y escribir cualquier cosa sobre el vapor, que es un hábito de infancia que nunca se pierde del todo, y también a frotar con una franela el lado de adentro del parabrisas para despejar la visión. A través del vidrio empañado, la calle era, todavía más, una mezcla de sombras indiscernibles. Mirando así, de pronto se tenía la impresión de que una sombra se movía, que pasaba con sigilo de un lugar a otro; cosa imposible, porque en esa calle, al igual que en las otras, no había nadie y todo estaba quieto, y la apariencia de algún movimiento se debía sin duda a mi sugestión, alentada por la indefinición del vidrio que se esmerilaba con el choque del calor de adentro y el frío de afuera.

XII

La marcación personal constituye, por cierto, un sistema defensivo de mayor eficacia. Pero también supone un reconocimiento de hecho de la peligrosidad de los contrarios, lo que afecta negativamente la

disposición anímica del bando defensor. La marcación zonal, en cambio, aunque ofrece mayores brechas defensivas, se basa ante todo en el control espacial del propio terreno. La defensa se afirma así en un sector del campo que está bajo su dominio y que el contrario tiene todavía que conquistar.

XIII

Salí del coche cuando todavía faltaban unos diez minutos. Caminé sin apuro y mirando para arriba. Miraba para arriba porque sería una especie de clamor del cielo lo que me haría saber que finalmente habíamos empatado.

XIV

Cuando se enfrentan dos fuerzas de poderío semejante, son los artilleros los que desequilibran. De existir uno que desnivele y venza, en caso de gran paridad, será aquel cuyo artillero se encuentre más atento o más inspirado, o mejor considerado por la fortuna.

Cero uno

I

En filas desparejas se desconcentró la multitud callada. Era una larga procesión de cabizbajos, que no mostraban llanto por no ceder el gesto del que es bien hombre, pero que tampoco hablaban ni levantaban la vista. Se oía tan sólo el rasgado del andar sobre el pavimento o sobre las baldosas de las veredas, porque los pies tampoco los levantaba nadie, y al arrastrarlos se arrastraban los papeles rotos, la mugre general de los días de partido, los pedazos de cualquier cosa.

No había semblante en que faltara la pesadumbre. En el desfile continuo de las caras sin sosiego, se veía la tristeza multiplicarse por miles. Yo iba viendo, también callado, la manera en que pasaban incessantes los desconsolados: tanta gente, tantos miles, y nadie tenía palabra alguna que decir.

II

Yo no era más que un soldado, un soldado conscripto, y al cabo de un año ni eso sería. Pero alcanzaba, con todo, a darme cuenta, porque en eso me fijaba y reparé, de que el que llegaba un poco más lejos y se hacía un nombre, más temprano que tarde generaba envidia y malestar. Así pasaba muchas veces con el doctor Mesiano. Sus colegas eran los primeros en mirarlo de costado, por más que persistieran en la cordialidad del trato entre pares. Por doctores y por oficiales, le guardaban consideración y cuidaban las formas. Pero el doctor Mesiano sabía más y decidía más que muchos de ellos, y más de uno estaría esperando que algo le pasara y cayese en desgracia.

III

Iban mudos en su desolación los miles y miles que pasaban de regreso. Iban peor que mudos: iban murmurantes. Muchos tenían un temblor casi invisible en las bocas, que no llegaban a abrirse. Parecían rezar, pero no rezaban, porque ya habían rezado antes de salir y no había servido para nada. No rezaban porque eran todos, ahora, unos incrédulos: no podían creer lo que había pasado, aunque con sus propios ojos acababan de verlo, y entonces sentían que ya no podían creer en nada más. En las bocas, sin

embargo, les quedaban, inútiles ahora, las formas del rezo pasado, y las repetían como autómatas, sin un fin y sin un sentido definidos.

IV

Tampoco el doctor Padilla, por ser doblemente un colega, habría de destrar al doctor Mesiano. Emplearía con él, como lo hacían todos, las fórmulas del respeto y el gesto amable. De no verse, le haría llegar un abrazo, y de verse, se lo daría. Dejaría de preguntar por su señora esposa, que en eso consistía, si del doctor Mesiano se trataba, la consideración cordial. Todo esto era así, y así sería. Pero si, por una de esas cosas, llegaba a suceder que algo se complicaba en el centro de Quilmes, y si tal complicación tenía su gravedad, el doctor Padilla no dejaría de evidenciar la responsabilidad que al doctor Mesiano en eso podía caberle; un poco para cubrirse él y aliviarse de su propia responsabilidad, y otro poco para descargar el rencor que tuviese acumulado.

V

No eran ellos los portadores de la noticia porque, quién más, quién menos, la noticia ya era sabida por todos. El que no había visto por la televisión las imágenes de lo que había pasado se había enterado,

como yo, por las transmisiones de radio. Ellos eran los que, como digo, lo habían visto todo con sus propios ojos, ellos eran los testigos directos. Al verlos salir abrumados, abatidos del estadio, pensé que extrañamente tenían, a un mismo tiempo, la apariencia de los inocentes y la apariencia de los que no son inocentes.

No podían explicar, por el solo hecho de haber estado ahí, cómo era que había pasado lo que nadie podía suponer que fuese a pasar. En sus casas esa misma noche, o en sus lugares de trabajo durante los días siguientes, les iban a pedir alguna explicación; pero ellos no la tendrían. Mucho menos tendrían una palabra de consuelo que dar: ahora caminaban amuchados por el frío, de a cientos, de a miles, y no conseguían animarse unos a otros.

Sólo eran portadores de la pena que sentían: con ella a costas volvían a una ciudad que, con la misma pena, los esperaba.

VI

El doctor Mesiano siempre me decía que a la historia era inútil pensarla desde meras suposiciones: lo que importaba era lo que efectivamente había pasado, y no lo que podría haber pasado o lo que debería haber pasado. Por esa razón se negaba a considerar, por ejemplo, cómo hubiesen sido las cosas si las invasiones inglesas no hubiesen sido rechazadas, o si

San Martín no le hubiese cedido la gloria a Bolívar en Guayaquil, o si Urquiza no hubiese vencido a Rosas en Caseros, o si Mitre no hubiese vencido a Urquiza en Pavón.

Y sin embargo, en contra de tales convicciones, el doctor Mesiano ahora decía que si en el arco esta noche hubiese estado Gatti, y no Fillol, el remate decisivo no hubiese llegado a destino, porque Gatti jugaba debidamente adelantado, y no debajo de los tres palos, como Fillol.

VII

Era una especie de infinita marcha fúnebre, uno de esos fenómenos excepcionales de tristeza general; sólo que esta marcha no tenía un punto de llegada adonde dirigirse: se extendía por todas partes, se dispersaba por todas partes. Si a los que salían del estadio, después de asistir a lo que había pasado, los hubiesen dejado librados a su propia voluntad, se hubiese visto que no tenían voluntad: se hubiese visto que se ponían a deambular sin sentido, a dar vueltas igual que se le da vueltas a un problema que no tiene solución.

Pero aquí la desazón se derramaba con un orden, porque para eso estaban los vallados infranqueables, y las motos de luces brillantes, y los caballos quietos pero intranquilos, señalando los lugares por donde se podía pasar y por donde no se podía

pasar. Y así los que vivían en el oeste llegaban al cuarenta y dos, los que vivían en Pacheco llegaban al quince, los que vivían en la Boca llegaban al veintinueve.

VIII

Siempre tuve por seguro que a la profesión debía ir unido, una cosa con la otra, el orgullo profesional, y que el orgullo profesional iba a su vez unido al celo profesional. Eso pensaba y eso pienso, aunque no tengo todavía una profesión (voy a tenerla: estudio medicina), porque me parece evidente que el orgullo profesional ayuda a que los deberes se cumplan con mayor eficacia. Claro que, cuando no se actúa exclusivamente a título personal, digamos por ejemplo en un consultorio privado al que acuden pacientes particulares, sino que se forma parte de un sistema conjunto, hay que entender que en una máquina cada engranaje funciona en relación con otros engranajes, y que en esa máquina, al igual que en cualquier motor, hay piezas más importantes y piezas menos importantes.

IX

El doctor Mesiano, muy dado al análisis de tácticas y estrategias, no afirmaba del todo la idea de que

la erradicación, inconsulta pero impostergable, de la villa miseria del Bajo Belgrano, pudiese haber afectado el rendimiento de René Houseman. Tampoco se decidía, de todas formas, a abandonar su teoría de la adaptación geográfica, una teoría según la cual un individuo habría de alcanzar un rendimiento mayor si se desempeñaba en su ámbito de origen; tanto más que en Alemania, por ejemplo, donde todo le es tan distinto. Dubitativo, se inclinó por pensar que a Houseman lo habían hecho entrar demasiado tarde esta noche, y que no había tenido tiempo para desarrollar sus aptitudes con plenitud.

X

Para que la desconcentración fuese tan pronta como ordenada, se contaba además con una serie de micros escolares, en los que oportunamente se habían colgado carteles bien visibles anunciando "Retiro", "Liniers" o "Constitución". Los que por costumbre voceaban estos mismos destinos, esta noche callaban, ganados por el mismo dolor que todos teníamos. Esos micros anaranjados, que apenas unas horas después estarían llevando a decenas de niños desolados a las escuelas de la ciudad, se colmaban ahora con decenas de adultos igualmente desolados. Sus gestos adustos y ausentes, dispuestos en estos micros, adquirirían un aire muy propio de la infancia.

XI

Habitualmente, los últimos en deponer el entusiasmo o la esperanza, incluso en medio de los mayores infortunios, eran los vendedores de banderas argentinas. No hay por qué suponer que se tratara de una alegría fingida o interesada, porque el que lleva una bandera argentina en alto no puede estar fingiendo o calculando réditos. Esta noche, sin embargo, se había puesto tan doliente para todos que, en presencia de tamaña desazón, también los vendedores de banderas callaban y se quedaban largamente mirando el suelo.

XII

Mi memoria es muy precisa, sobre todo cuando se trata de nombres. Pero aun así, el doctor Mesiano me admiraba con su capacidad para recitar listas enteras de personajes de la historia, especialmente de la historia argentina, que habían tenido una actuación destacada en la política o en la guerra, si es que había hacer tal distinción, siendo todavía muy jóvenes. De ese modo demostraba que eran muchos los casos de quienes, antes incluso de llegar a cumplir los veinte años de edad, habían conseguido sobresalir y rendir valiosos servicios al país. "Hay que contar con los jóvenes", decía siempre el doctor Mesiano, y esta noche en particular, después de repasar

sus listas de ejemplos debidamente memorizados, concluía: "Ha sido un grave error hacer a un lado al pibe Maradona". De Bravo y de Bottaniz no decía nada, ni siquiera los mencionaba, pero en cambio insistía en que había sido un grave error tener prejuicios con los más jóvenes y en consecuencia apartar al pibe Maradona. Y decía así: "el pibe Maradona", como si en el acto de pronunciar un nombre se pudiese dar una palmada de afecto.

XIII

¿Qué es la medicina, finalmente? Yo estudio medicina. La medicina es una ciencia del cuerpo humano. Es un saber sistematizado acerca del cuerpo humano, que a veces se aplica sobre su medianía, sobre el nivel promedio de lo que se considera la normalidad, y otras veces se aplica sobre sus límites, sobre los niveles a los que un cuerpo puede ser llevado.

Hay un hecho indiscutible: si el doctor Padilla hubiese contado con el conocimiento suficiente para establecer con certeza un límite determinado, si su competencia profesional le hubiese permitido indicar taxativamente una pauta, fuera ésta de dos meses, de seis meses o de dos años, entonces ni siquiera habría hecho falta recurrir al doctor Mesiano. Pero al doctor Mesiano habían tenido que consultarlo, y con urgencia; y por eso yo ahora con tanta insistencia lo buscaba. Necesitaban de él. Y eso los obligaba a te-

nerle una consideración diferente. Era una de esas personas que sabían resolver problemas médicos, en tiempos en que sobraban los problemas médicos.

XIV

Los que decían, y yo los he oído, que eran todas iguales las caras en esa muchedumbre, los que decían que en esa muchedumbre una cara daba lo mismo que otra, juzgaban a distancia, sin aproximarse lo suficiente. Yo los había visto llegar, ilusionados, y cada cual era feliz a su manera. Ahora era el sufrimiento lo que los igualaba. Se parecían en el dolor y la preocupación; por desolados se parecían todos. Al regresar pesarosos se unían en una misma forma de la amargura. Pero esa amargura iba más allá de ellos, porque idéntica se apoderaba de todos; iba más allá de ellos, más allá del barrio del bajo, más allá de la ciudad, y estaba en todas partes.

Las caras se parecían en la peregrinación oscura y desconcertada. Mi propia cara se volvía seguramente igual. Pese a todo, cuando ya empezaba a perder las esperanzas, en el sector indicado alcancé a distinguir, casi como por milagro, la cara severa del doctor Mesiano.

Doscientos dos

I

Por extraño que parezca, no se sorprendió de verme. Reaccionó con la naturalidad propia del que ha concertado una cita, como si hubiese estado esperando el encuentro. Venía junto con su hijo Sergio: le pasaba un brazo por los hombros, acaso para reconfortarlo. Yo lo conocía, a esa altura de los hechos, lo suficiente como para advertir que estaba desencajado. Le salí al cruce en una vereda de Udaondo, unos metros después de Figueroa Alcorta. De fondo se veía la gran esfera plástica envuelta por los brazos de hierro. Me acordé de que, en el momento de instalarla, algún cable se había soltado por sorpresa y la gran esfera inflada se había volado con el viento en dirección al río. Los de prefectura habían tenido que bajarla a tiros. Por no dañar la imagen organizativa del país, se moderó la información del episodio. Y después hubo que fabricar de apuro una nueva esfera plástica, que era la parte fundamental del símbolo. Ahora, pese a la noche que avanzaba y a la declinación de las luces del estadio, esa esfera conservaba

un extraño brillo, una especie de leve luz en medio de la opacidad del cielo.

II

Las comodidades de la habitación estándar, que era la más accesible, incluían: la cama, desde luego; decoración de espejos y luces combinadas; nuevo circuito cerrado de televisión; aire acondicionado; tres canales de música funcional; baño común. Incluía el desayuno: café con leche y medialunas, con opcional de jugo de naranja.

III

"Doctor", le dije, "he tenido que venir a buscarlo".

Sin darme cuenta le había puesto una mano en el brazo.

"Sí", me dijo él, "ya lo veo".

IV

El doctor había llegado en taxi hasta el estadio. Lo había tomado en el centro de la ciudad. Para poder llegar temprano, más que por pereza o por prepotencia, se había valido de su credencial para trans-

poner los puntos de cortes de tránsito dispuestos por la policía con el fin de ordenar el acceso en los alrededores. Ahora, en la salida, el tránsito era libre, pero no resultaba tan fácil encontrar un taxi: los pocos que pasaban por Libertador iban ocupados. No dejaba de ser un golpe de fortuna, al menos en este sentido, el hecho de que yo me apareciera de improviso, con el Ford Falcon estacionado apenas a algunas cuadras de allí. Pero el doctor Mesiano no pareció apreciar esta circunstancia, y todo lo tomó con naturalidad o con indiferencia.

V

"Doctor", insistí, "se trata de un caso de cierta urgencia". No quise decir de vida o muerte, porque era una frase hecha, vacía de sentido, una estupidez. "Si no", agregué, "no me habría atrevido a importunarlo".

"Me imagino", contestó el doctor Mesiano. "Me imagino."

VI

Las comodidades de la habitación especial incluían: la cama, desde luego; decoración de espejos y luces combinadas; nuevo circuito cerrado de televisión; aire acondicionado; tres canales de música fun-

cional; nuevo baño con ducha escocesa. Incluía un desayuno especial: café con leche, tostados de jamón y queso, y jugo de naranja o de pomelo.

VII

Poco a poco las calles volvían a quedar vacías. Yo señalé cuál era la dirección en la que había dejado el coche. Me ofrecí a ir solo a buscarlo y que ellos me esperaran, para evitarles el disgusto de la caminata, si es que caminar les disgustaba en una noche como ésta. Pero el doctor Mesiano tenía otros planes. Nos indicó que avanzáramos unos pasos por Udaondo. Los rastros del gran encuentro se iban perdiendo. En la misma proporción reaparecían, antes invisibles, otras partes de la ciudad. Una cuadra más bien oscura, en la que yo no había reparado las otras veces que la crucé, reunía o enfrentaba, a cien metros de distancia, una iglesia y un bar de copas. Podía pensarse que en esa cuadra la ciudad alentaba el impudor o la ironía. La iglesia, por supuesto, estaba cerrada; pero en la vereda se encontraba el cura, barriendo papeles y pisadas, cigarrillos mal apagados y pedazos de vidrio, de manera que la entrada quedase reluciente para la misa de la siguiente mañana. Tal vez los pensamientos del cura estaban ya fijados en el sermón de esa misa, y el ejercicio mecánico de llevar y traer la escoba lo ayudaba a elegir las palabras que emplearía. Uno podía imaginar que, dada la situación,

recordaría a los fieles su deber de nunca perder las esperanzas, y juntaría los puños apretados delante de sus ojos también apretados para proclamar su bendición a la unidad de todos los argentinos.

El bar de copas, en cambio, abría justamente a esa hora, y alcanzaba su modesto esplendor de sábado a la noche una vez que el público impropio terminaba de alejarse. Hacia afuera mostraba una tenue luminosidad violácea, y adentro se espesaba con el humo y el calor artificial.

VIII

"Doctor", le dije, poniéndome a la par pero sin lograr que se detuviera a escucharme. "Doctor", le dije, "esta tarde llegó una consulta para usted, y pedían una respuesta pronta". El doctor Mesiano dijo: "El problema de nuestro país es la ignorancia". Le sugerí sin énfasis: "Para un médico no hay horarios". Asintió: "De eso no hay dudas". Y luego denegó: "Pero antes hay que salvar esta noche de mierda".

IX

El doctor Mesiano decidió que los tres tomaríamos whisky, y decidió que ese whisky fuese importado. Aclaró que había que salvar la noche y no fijarse en gastos. Permitió, eso sí, que cada uno decidiera

si le ponía hielo a su whisky o si no se lo ponía. Él eligió ponerle hielo. Yo elegí no ponérselo. Tuve la impresión de que Sergio carecía de preferencias, o al menos las desconocía. Pidió su whisky sin hielo, probablemente para imitarme a mí, o en todo caso para diferenciarse del padre.

X

"Doctor", le dije, "se trata de una de esas situaciones que pueden modificarse de un momento para otro". Se encogió de hombros y dijo: "Así son todas las cosas en la vida". Le dije: "Hay que tomar una decisión médica, y precisan su asesoramiento". Dijo: "El problema de nuestro país es la ignorancia". Le dije: "No seré yo quien le explique a usted lo que es el deber, porque es usted quien me lo enseñó a mí". Me dijo: "En efecto, no será usted quien me lo explique". Le dije: "Pero cumplo en aclararle que yo no estaría aquí si no pensara que el caso lo amerita". Asintió, pero dijo: "Antes hay que salvar esta noche de mierda".

XI

Las comodidades de la habitación súper especial incluían: flamante cama giratoria; decoración de espejos móviles y luces combinadas; nuevo circuito

cerrado de televisión; aire acondicionado; tres canales de música funcional; nuevo baño con ducha escocesa y bañera de mármol, con chorros de agua y baños de espuma. Incluía el desayuno especial (café con leche, tostados de jamón y queso, jugo de naranja o de pomelo) y, al llegar, una botella de champagne, fría como corresponde, para brindar.

XII

El doctor Mesiano metió un dedo en su vaso y, haciéndolo girar con lentitud, revolvió el hielo. Ese gesto le recordó una anécdota de sus tiempos de estudiante. Estaban en una clase, en la facultad; un profesor de apellido Berti exponía ante una especie de auditorio circular, con un pizarrón ajado a sus espaldas, y adelante el cuerpo de un muerto extendido boca abajo, sobre una mesa. El profesor Berti advirtió a los estudiantes: "Un buen médico tiene que tener dos cualidades fundamentales: poder de resolución y poder de observación". Dicho esto exclamó: "¡Resolución!", y le introdujo al muerto un dedo en el agujero del culo. Con el dedo todavía adentro, levantó la vista y contempló a la clase. Luego extrajo el dedo, lo alzó, y después de alzarlo se lo metió en la boca y lo chupó con una inesperada fruición. Los estudiantes se esforzaron para no fruncir la cara ni gemir de asco. Un cuerpo era una cosa igual que las otras cosas. Terminada la breve operación, el profe-

sor Berti eligió a uno de los estudiantes de las primeras filas: "¡Frenkel! ¡Pase al frente!". Frenkel bajó los escalones del auditorio con alguna vacilación y se acercó al estrado. El profesor Berti le ordenó: "Ahora haga lo mismo que hice yo". Hubo un murmullo en la clase y el profesor pidió silencio. Frenkel miró a sus compañeros, esperando una ayuda imposible o tentado de abandonarlo todo. Por fin se decidió: se acercó al cuerpo que estaba sobre la mesa, se arremangó, y demudado le metió el dedo en el culo al muerto. Por un instante se detuvo y pareció pensar que dejar el dedo metido ahí adentro no era la peor alternativa, teniendo en cuenta lo que venía después. Pero en realidad ya no tenía escapatoria, y sólo le quedaba terminar lo que había empezado con tanta dignidad como pudiese. Entonces sacó el dedo del culo del muerto, no quiso mirarlo, y por no arrepentirse se apuró a metérselo en la boca y a darle una de esas chupadas profundas que sólo se dan a los buenos puros. Cuando concluyó, se sintió extrañamente satisfecho, y en el aula flotaba un aire raro en el que se mezclaban la repulsión y la admiración.

"Muy bien", dijo el profesor Berti. "El alumno Frenkel ha demostrado un gran poder de resolución." Frenkel inclinó la cabeza con modestia aparente. "Pero le ha faltado", agregó el profesor Berti, "poder de observación". Y concluyó: "Yo había metido este dedo. Pero me había chupado este otro".

XIII

"Doctor", le dije, "de buen grado yo habría esperado hasta mañana, si no fuera porque me insistieron en que el caso tenía urgencia". El doctor Mesiano dijo: "Hoy por hoy, todos los casos tienen urgencia". Le dije: "Me advirtieron que, si no me apuraba, podía haber un desenlace". Me dijo: "Yo no le hice ningún reproche, así que se puede quedar tranquilo. Lo que sí le exijo es que se calle la boca de una buena vez". "Sí, doctor", le dije. Y él dijo: "Yo sé lo que tengo que hacer".

XIV

Las habitaciones exclusivas tenían, cada una, un decorado especial. Eran tres en total. La primera reproducía un estudio de cine: había focos como en un set, cámaras de filmación y una silla de director. La segunda representaba una escena de caza, con mucha vegetación artificial, pieles de tigre y de leopardo colgadas aquí y allá, y una escopeta con mira telescópica (la escopeta era falsa, pero la mira no). La tercera era un gimnasio: por todas partes tenía pesas y aparatos de ejercicio, y además una bicicleta fija, y al lado una bolsa de arena de esas que usan los boxeadores para entrenarse.

XV

"Ya vengo", dijo el doctor Mesiano. Se levantó y fue hasta la barra. En la barra lo vi pedir el teléfono y hacer un llamado. Bajaron el volumen de la música mientras duró su conversación, lo que demuestra el respeto o la estima que le tenían en ese lugar.

En la mesa se hizo un silencio. Por no saber mantenerlo, le pregunté al hijo del doctor Mesiano: "¿Fue difícil el partido? ¿Quedamos lejos del empate?". "No sé", me dijo él, "el fútbol no me gusta, y no lo entiendo".

XVI

Se ingresaba por una calle y se salía por la del lado opuesto. Contaban con un novedoso portón de apertura eléctrica. La única entrada que había era para autos, porque no se esperaba que acudieran clientes a los que el auto les faltara.

Los pibes del barrio se habían hecho la mala costumbre de esconderse en las inmediaciones para espiar a las parejas que llegaban o se iban. El gerente del establecimiento, de nombre Oscar, se encargó de alejarlos para siempre: salió una noche y les hizo ver que tenía un revólver en la cintura del pantalón, y los pibes del barrio no volvieron a aparecer.

XVII

El doctor Mesiano volvió a la mesa y con un gesto cómplice nos señaló: "Ahí están las chicas". Se trataba de tres mujeres de mediana edad, a ninguna de las cuales yo le habría llamado chica. Nos vieron mirarlas y sonrieron. Una sola de las tres me pareció que no era del todo fea, y no fue la que me tocó en suerte.

Antes hubo que invitarlas a tomar algunos tragos. Las tres pidieron cointreau: les encantaba, y se notó, pronunciar esa palabra.

XVIII

El doctor Mesiano dijo: "El problema de nuestro país es la ignorancia. Pero no la ignorancia de los ignorantes: ésa está en los cálculos y es funcional. El problema de nuestro país es la ignorancia de los que estudiaron y se supone que tendrían que saber".

XIX

Me tocó una habitación de las consideradas estándar. Pero, francamente, yo no tenía de qué quejarme, y aquello del caballo regalado es una verdad que nunca se me olvida. El número de la habita-

ción era el doscientos dos. Era un número capicúa: eso me pareció un signo de buen augurio, y en cierto modo lo fue.